

una necesidad, con la convicción de que la vida no habría de ofrecerme ningún placer nuevo. No me apresuro ni me detengo; procuraré, sin embargo, estar alegre hasta el fin. En el mundo hay escépticos de buen humor. Para mí los estoicos están locos; pero, al menos, el estoicismo templará á los hombres, mientras tus cristianos llevan rodando por el mundo la tristeza, que es para la vida lo que la lluvia para la naturaleza. ¿Sabes qué he averiguado? Durante las fiestas preparadas por Tigelino sobre el estanque de Agripa, mujeres de las principales familias de Roma se permitirán las más amplias libertades. ¿No podrá encontrarse allí alguna belleza capaz de consolarte? Habrá muchachas que harán su entrada en sociedad..., como ninfas. ¡Esto es lo que se hace en la casa de César! El aire es templado, los céfros del mediodía calientan el agua sin encresparla; y tú, Narciso, has de saber que ninguna te resistirá, ninguna, aunque se trate de una virgen vestal.

Vinicio, con la frente apoyada en la mano, parecía seguir el curso de sus propios pensamientos.

— Debería tener una fortuna especial para poder encontrarla.

— ¿Y de quién es la culpa sino de los cristianos? Gente que tiene por emblema la cruz no puede ser de otra manera. ¡Escúchame! La Grecia creó la belleza y la sabiduría; nosotros producimos la fuerza, y esta doctrina ¿con qué puede enriquecer tu pensamiento? Si lo sabes, explícate, porque, ¡por Pólux!, yo no llevo á comprenderlo.

— ¡Temes que al fin me haga cristiano!, dijo Vinicio.

— Temo que tú mismo te inutilices. Si no puedes ser un griego, procura ser un romano. ¡Alégrate y goza! Nuestras locuras comunes tienen cierto significado; hacen que el pensamiento se interese por todo lo individual. Yo desprecio á *Enobarbo* porque es un bufón griego. Si se considerase romano, le reconocería el derecho de permitirse esas locuras. Prométeme que si encuentras en la calle á un cristiano le enseñarás la lengua. Si fuese Glauco, como es médico, no se sorprendería... ¡Quedamos en que volveremos á vernos en el estanque de Agripa!

XXXI

Los pretorianos circundaban los bosqueillos junto al estanque de Agripa á fin de que el número excesivo de espectadores no importunase á César y á sus invitados.

Todo cuanto en Roma se distinguía por riqueza, por hermosura ó por ingenio se había citado para esta fiesta, única en la historia de la Ciudad Eterna. Tigelino quería compensar á Nerón de su fracasado viaje á Grecia, superar á cuantos habían obsequiado al emperador anteriormente y demostrar que nadie organizaba una fiesta mejor que él. Para tal objeto había empezado sus preparativos en Nápoles, continuándolos en Benevento, mandando traer de los más remotos países animales selváticos, pájaros y peces raros, plantas, vasos y trajes, para aumentar el esplendor de la fiesta. Las rentas de provincias enteras fueron agotadas para llevar á cabo proyectos al parecer irrealizables. Pero no se preocupaba por ello el poderoso cortesano, viendo que su influencia aumentaba de día en día. No era que Nerón le prefiriese á otros, sino que él sabía hacerse indispensable. Petronio le superaba en ingenio y argucia, sabía mejor que él hacer agradable una conversación; por su desgracia aventajaba á César en el arte de agradar, y con esto suscitaba la envidia. Además no era instrumento muy dócil, y César temía su opinión en las cuestiones de gusto. Tigelino, en cambio, no le causaba en este punto ninguna desazón: el título de *arbiter elegantiarum* atribuido á Petronio ofendía la delicadeza de Nerón, porque ¿á quién sino á él correspondía ese título? Tigelino era bastante astuto para comprender su inferioridad. No pudiendo medirse con Petronio, con Lucano y con otros personajes eminentes por nacimiento, por ingenio ó por saber, procuraba hacerse indispensable por medio de cierta flexibilidad servil y desplegando un lujo cuyo esplendor debía sorprender al mismo Nerón. Había decidido dar el banquete sobre una balsa ó armadía formada de doradas vigas. Los cantos de esta armadía estaban adornados con conchas procedentes del mar Rojo y del Océano Índico y en las cuales se reflejaban todos los colores del arco iris. Sobre las orillas del estanque estaban esparcidos en artístico desorden grupos de palmas y césped con rosas; entre diminutos sotos de barro se ocultaban fuentes de agua olorosa, se elevaban estatuas de divinidades y había pajareras de oro y plata en cuyo interior saltaban pájaros de variado y brillante plumaje. En el centro de la armadía se levantaba un gigantesco pabellón de tela purpúrea de Siria, colocado sobre columnitas de plata y elevado para dejar libre la vista. Debajo se hallaban las mesas para los invitados, llenas de cristales alejandrinos, de copas y vasos, cuyo esplendor deslumbraba y cuyo precio era inestimable: todos eran tesoros procedentes de Italia, de Grecia y del Asia Menor.

Por los múltiples arbustos y plantas con que estaba adornada, la armadía presentaba el aspecto de una isla ó de un jardín flotante. Amarradas á ella por medio

de cadenas de oro y de cuerdas purpúreas, la circundaban barquillas que afectaban formas de peces, de cisnes y de gaviotas, y en ellas, apoyados sobre remos de varios colores, se hallaban esclavos y esclavas de extraordinaria belleza, peinadas á la moda oriental, con los cabellos recogidos en una red de oro.

Apenas Nerón, después de saltar sobre la balsa, llegó debajo del pabellón, los remos se sumergieron en el agua, las barquillas se movieron extendiendo las cuerdas y las cadenas doradas, y la armadía, con los ilustres invitados, empezó á girar lentamente.

De los bosquecillos improvisados sobre la playa y de los edificios fantásticos construídos para la fiesta y ocultos entre el verde follaje, llegaban dulces sonidos de música y de canto, repetidos hasta en los puntos más remotos por armoniosos ecos.

César, sentado entre Popea y Pitágoras, estaba maravillado; cuando entre las barquillas hicieron su aparición jóvenes esclavas representando sirenas, pero luciendo, en vez de escamas, verdes redecillas, se deshizo en alabanzas. Por costumbre, se volvió á Petronio, deseando oír la opinión del *arbitr*; pero éste, encerrado en un digno silencio, se hizo rogar un poco antes de responder.

— Me parece, señor, que diez mil jóvenes causan menos impresión que una sola.

Aquel banquete flotante agradó mucho á César, pues tuvo por lo menos el mérito de la novedad. Después fueron servidas tales viandas, que ante ellas la fantasía de Apicio se hubiera considerado pequeña, y tanta variedad de vinos, que Otón, que solía ofrecerlos de ochenta clases distintas, se hubiera arrojado al lago si hubiese asistido al banquete.

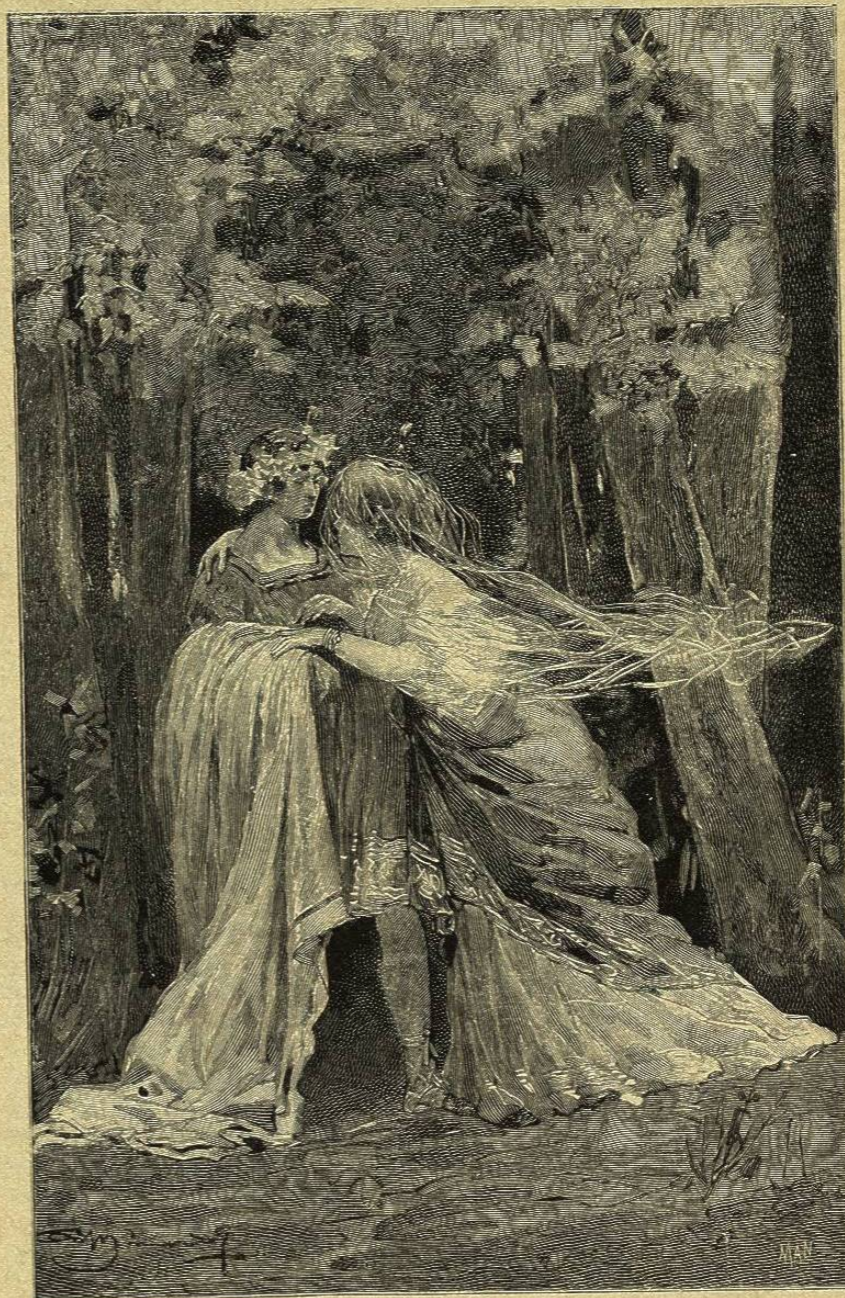
Entre las mujeres sentáronse á la mesa los cortesanos, brillando sobre todos por su belleza el tribuno Vinicio. Anteriormente su figura y su fisonomía recordaban al soldado; pero ahora los sufrimientos físicos y morales habían afinado sus rasgos de tal modo que parecían trazados por la mano de un gran artista. Su cutis había perdido el tinte bronceado, para no conservar más que el brillo amarillento del mármol de Numidia. Los ojos, agrandados, parecían más densos. El pecho, habituado á la armadura, mantenía aún sus líneas fuertes; pero diríase que sobre el busto de un guerrero se había colocado la cabeza de un dios griego, ó por lo menos de un aristocrático patricio, delicado y distinguido.

Petronio, diciendo que ninguna mujer en la corte de César quería ó podría resistir á Vinicio, había hablado como un hombre de experiencia. Todas dirigían sus miradas al joven tribuno, sin exceptuar á Popea y á la vestal Rubria, á la que Nerón había deseado ver en el banquete.

Los vinos helados inflamaron pronto los corazones y las cabezas de los invitados. A cada momento, de los céspedes de la playa salían otras embarcaciones bajo forma de grillos y mariposas, que ocuparon la superficie azul del agua; de cuando en cuando se soltaban palomas y pájaros de la India y de África, sujetos por cintas plateadas y azules.

El sol dirigióse á su ocaso, pero el aire era cálido, por más que el mes de mayo no hubiese aún terminado. El estanque parecía elevarse bajo los golpes de remo que batían las aguas al compás de la música. No soplaba el más leve airecillo: silencio solemne reinaba en los bosques y en la playa, como si la naturaleza toda estuviese absorta en la contemplación del banquete. La balsa seguía girando con los invitados, siempre animados y alegres.

El banquete no había llegado á su mitad, cuando los invitados cambiaron de sitio. Dió el ejemplo Nerón, levantándose y ordenando á Vinicio, sentado junto á



¡Te amo! ¡Ven! ¡Nadie nos ve!.. ¡Pronto!

la vestal, que hiciera lo mismo. Acomodóse al lado de Rubria y murmuró en sus oídos algunas palabras. Vinicio se sentó al lado de Popea, la cual extendiendo su brazo hacia él, le rogó que le cerrara el brazaletes. Obedeció con la mano trémula, mientras ella, con los párpados entornados, lanzó sobre él una mirada indagadora y echó luego hacia atrás la cabeza, como para librarse de una tentación.

El sol, en tanto, iba ocultándose tras las copas de los árboles; los invitados, en su mayor parte, estaban borrachos. La balsa se acercó á la playa, donde entre las flores y los arbustos se movía una turba de gente disfrazada de faunos, de sátiros, de ninfas y de driadas; aquí sonaba la flauta, allí el tamboril, más allá otros instrumentos pastoriles.

Por fin las tinieblas envolvieron la armadía, sobre la cual estalló un enorme estrépito en honor de la luna. Millares de lámparas iluminaron los bosques; las cavernas parecían enormes ojos luminosos; sobre las terrazas aparecieron nuevos grupos formados por las hijas y esposas de las más nobles familias de Roma, las cuales con señas y voces llamaban á sus compañeros. La balsa atracó á la orilla. César y los cortesanos se diseminaron por los bosques, el pabellón y las grutas artificiales construídas entre las fuentes. Todos estaban atacados de la misma locura. Nadie sabía por donde había desaparecido Nerón. Los sátiros y los faunos perseguían con estridentes gritos á las ninfas. Algunos golpeaban con los tirsos las lámparas para apagarlas; el bosque, en gran parte, quedó sumido en la más profunda obscuridad; pero resonaban por doquiera alegres carcajadas y reinaba el estrépito más desenfrenado.

Verdaderamente, Roma no había asistido nunca á un espectáculo semejante.

Vinicio no estaba borracho como en el banquete celebrado en el Palatino, donde tuvo á Licia á su lado; pero no podía dejar de sentirse excitado por todo cuanto ocurría á su alrededor, y al fin también fué atacado de la fiebre del placer. Se lanzó en medio del bosque á caza de una hermosa driada. Éstas se precipitaron á su encuentro cantando y procurando atraerlo por todos los medios, si bien las perseguían faunos, sátiros, senadores, caballeros y músicos. La mirada de Vinicio se fijó en un grupo de muchachas cuya guía iba disfrazada de Diana. Se aproximó rápidamente para examinar mejor á la diosa. De pronto le pareció que cesaban los latidos de su corazón, creyendo reconocer en aquella divinidad, que ostentaba una luna en la frente, á su Licia.

Le rodearon, formando una cadena y bailando una danza vertiginosa, y para obligarle á seguir las emprendieron la fuga con la celeridad de los ciervos. Pero él permaneció quedo, con el corazón palpitante; pues aunque se persuadió en seguida de que Diana no era Licia, y después de un detenido examen se convenció de que ni siquiera tenía con ella semejanza, su recuerdo había bastado para sacudirle todas las fibras. Surgió en él, más fuerte que nunca, el deseo de verla, y su amor pareció aumentar con una fuerza sobrenatural. Jamás su imagen se le había presentado más pura, más dulce, más casta que en aquella hora, en aquel bosque donde la depravación enloquecía y la sensualidad dominaba los espíritus. Un momento antes intentaba también libar aquella copa y tomar parte en aquella desenfrenada orgía; después sintió náuseas.

Se sofocaba, necesitaba aire, aire puro; quería hallarse fuera de aquel sitio para admirar las estrellas, de cuya contemplación le privaba la espesura del bosque; quería huir en seguida, muy lejos. Pero, súbitamente, una figura velada, surgida como por encanto á su lado, le puso las manos sobre sus hombros, y acariciándole el rostro con su cálido aliento, murmuró á su oído:

— ¡Te amo! ¡Ven! ¡Nadie nos ve!.. ¡Pronto!

Vinicio pareció despertar de un sueño.

— ¿Quién eres?

— ¡Adivina!

Y á través del velo puso sus labios sobre la boca del joven y lo estrechó contra su corazón en un apasionado abrazo.

— ¡Noche de embriaguez!, murmuró con ansia. ¡Hoy todo se permite!

Pero aquel beso ardía en los labios de Vinicio, llenándole de terror. Su corazón estaba lejos; para él en el mundo no existía más que una mujer... ¡Licia! Rechazando á la figura velada, dijo:

— Quienquiera que seas..., yo amo á otra: ¡no quiero saber nada de ti!

— Quitame el velo, suplicó ella, cogiéndole la cabeza.

En aquel instante murmuraron las hojas del grupo de mirtos; la tapada desapareció como un fantasma, prorrumpiendo, al hallarse á cierta distancia, en una carcajada estridente y maliciosa.

Petronio estaba frente á Vinicio.

— Lo he visto y oído todo, dijo.

— Huyamos de estos lugares, repuso Vinicio.

Pasaron junto á las cavernas iluminadas, y atravesando el bosque y las filas de los pretorianos, se acercaron á las literas.

— Voy contigo, dijo Petronio.

Salieron. Durante todo el trayecto no abrieron la boca; únicamente en el atrio de la casa de su sobrino preguntó á éste Petronio:

— ¿Sabes quién era aquélla?

— ¿Rubria?, preguntó Vinicio, irritado por tal idea, porque Rubria era una vestal.

— ¡No!

— ¿Quién, pues?

Petronio bajó la voz.

— El fuego de Vesta se ha contaminado, porque Rubria estaba con César. Pero contigo se entretenía... (y aquí su voz bajó otro tono) ¡la... divina Augusta!

Ambos callaron.

— César, continuó luego Petronio, no pudo ocultar á Popea su deseo de poseer á Rubria. Aquélla quiso vengarse. Yo me acerqué, porque si tú, reconociendo á la divina Augusta, la hubieses rechazado, te habrías perdido irremisiblemente, y contigo Licia... y quizás yo.

— ¡Estoy harto de Roma, de César, de los banquetes, de la Augusta, de Tigelino, de todos vosotros!, exclamó Vinicio. ¡Me ahogo! ¡No puedo seguir viviendo así! ¡No puedo, no puedo! ¿Comprendes?

— Tú has perdido el juicio, el raciocinio y la moderación.

— ¡No quiero á nadie más que á ella!

— ¿Y luego?

— No siento deseo de ningún otro amor. ¡Vuestra vida, vuestros banquetes y vuestros vicios me repugnan!

— ¿Pero qué mudanza se ha operado en ti? ¿Eres quizá cristiano?

El joven, llevándose las manos á la cabeza, suspiró con voz desolada:

— ¡Todavía no, todavía no!